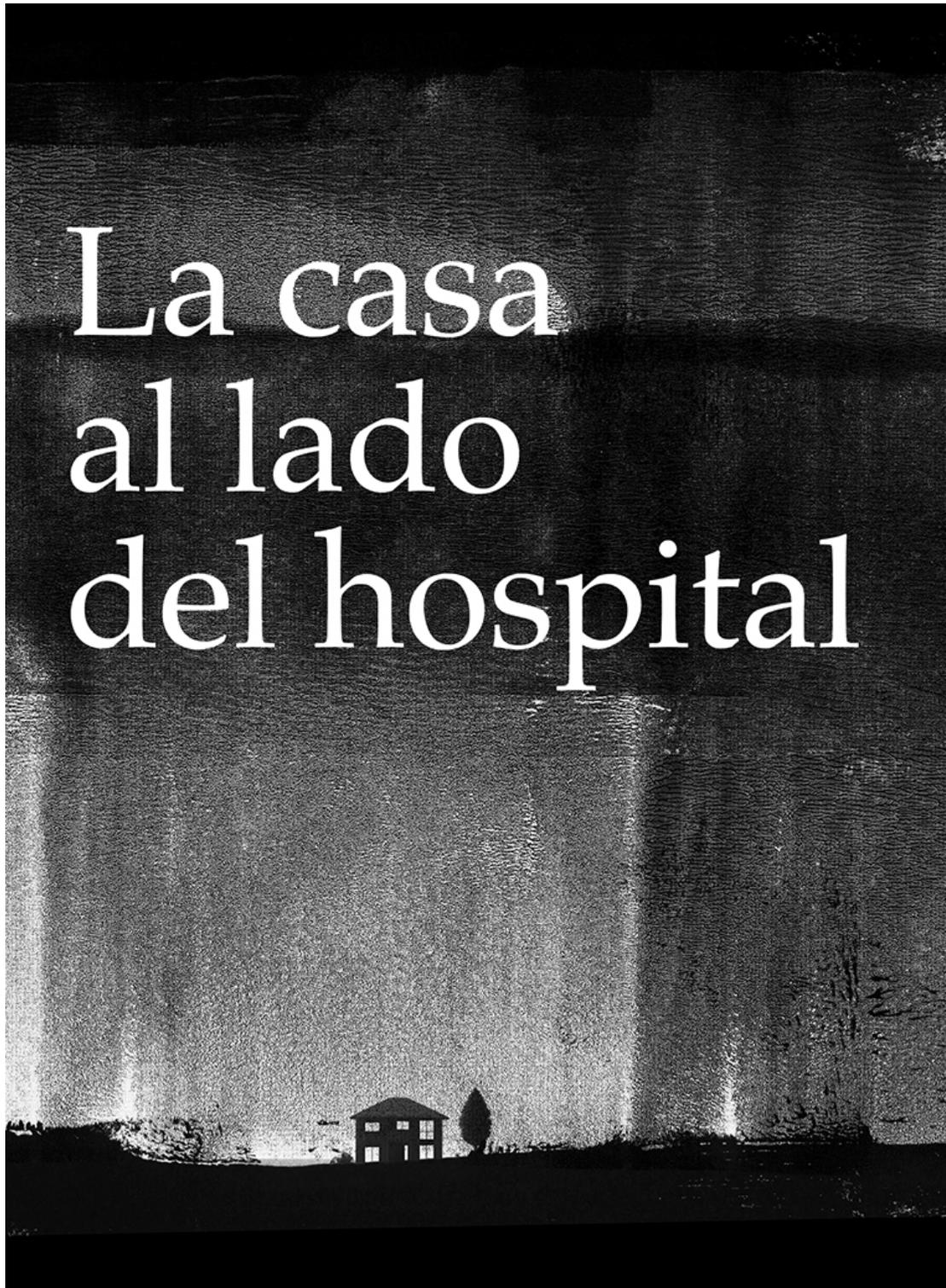


La casa al lado del hospital

Adrien Tartakovsky



# Capítulo 1

El olor a hierba campestre dominaba en los alrededores. El cielo era de un fuerte color cian con unas pocas pero blanquecinas nubes que volaban a unos escasos metros del suelo.

Se podía sentir la humedad entrar por los poros de la piel al igual que las gotas, condensadas durante la mañana, impregnaban la tierra llena de pedazos de tronco podrido.

El hedor calmaba a todos los del pequeño pueblo. Los pocos autos que circulaban, lo hacían rodeando la plaza principal a una velocidad extremadamente reducida. El resto, sólo caminaba en silencio, pero en cuanto se topaba con otro ciudadano, el saludo aparecía instintivamente, lleno de candor y afabilidad.

Era muy raro ver a alguien con el paso acelerado o con estrés sobre el lomo. Simplemente todo era paz y belleza de un pueblito creado en medio de la naturaleza.

Mientras mayor era la distancia del centro del pueblo, más calmo parecía el paisaje. El silencio era tranquilizador y el brillo de los árboles se desbordaba.

Ahí, en medio del sereno campo verde y unido al pueblo por un rojizo sendero, estaba el hospital. Antiguo como los árboles que le rodeaban, acogedor como el calor de las chimeneas que bullían dentro de sí.

Las enormes paredes de color café y ocre estaban teñidas con el verde musgo característico de las zonas australes. Sobre todo, el frontis del edificio se llenaba verdes organismos hinchados de líquido caído en lluvias pasadas.

Al entrar, la misma paz reinaba en los pasillos y habitaciones del lugar. A pesar de ser un lugar de recuperación, de accidentados, incluso de muerte, era un agrado rondar por todos los pisos y ver a los enfermos mejorar en tranquilidad.

Era la última de las habitaciones del tercer piso. Un lugar casi olvidado por las circunstancias, al que ni los auxiliares, ni las enfermeras, ni los médicos, procuraban resguardar.

Estaba al final, donde los ojos no alcanzaban a distinguir bien. Sobre una pequeña cuna, se encontraba sólo, casi completamente desnudo, Lucho. En toda la enorme habitación invadida por un tono blanco, no había otro

paciente a parte del pequeño niño.

A sus tres meses debía ser normal que llamase a las enfermeras con un lastimoso y pueril llanto, pero la desnutrición había extirpado todas las fuerzas que quedaban en el diminuto cuerpo.

El pequeño no tenía la fuerza para levantar su cabeza y el único signo vital en él era un espasmódico movimiento en sus manos junto con la nula inhalación de sus pulmones.

El bebé había sido concebido en el patio de la casa de su madre. Ella, una deficiente mental, no había comprendido la situación de abuso en que se encontraba cuando había sido violada junto a las rosas rojas que recién estaban dejando de ser verdes botones.

Nadie vio quien cometió el ultraje y, peor aún, nunca le interesó a su alcohólica madrastra.

Cada vez que Lucho era entregado a su madre con raciones de comida y leche, suficientes para un mes, la avejentada y adicta abuelastra tomaba el alimento y, con el poco dinero que éste le daba, saciaba su ferviente y etílica sed.

La vieja esperaba a que el pequeño perdiera unos cuantos gramos y el sano color, y volvía al hospital pidiendo ayuda.

Esta era la quinta vez que Lucho llegaba a la blanquecina habitación. Pocas enfermeras gastaban el tiempo en la causa perdida.

## Capítulo 2

Margarita era joven y recién casada. A sus escasos dieciocho años de edad, había dejado su hogar, a su familia, a sus amigos y sus intereses, por el mayor de todos sus amores.

Junto a Rolando se habían internado a varios miles de kilómetros en dirección al sur. Sin importar el frío, las constantes lluvias, la falta de comodidades, Margarita se había aferrado al descontrolado amor y viajado para ver que deparaban los nubosos paisajes sureños.

Ambos vivían en una gran casa, hecha de madera de árbol que, aún, parecía tener vida. La edificación era de las pocas casas cercanas al hospital, por lo que era común que la joven pasara a visitar a su amado en horas de trabajo.

Él, inexperto aun en las especificidades de la medicina, pero hábil aprendiendo, había ganado un muy buen puesto en el centro de salud. La gente había notado bruscos cambios desde la llegada de la joven pareja y el cariño fue algo recíproco entre ellos y el diminuto pueblo.

Era común que Margarita se encontrara sola en la espaciosa casona que habitaban. Aun no se sentía en plena confianza para compartir diariamente la vida con la gente del pueblo. Sólo buscaba saciar su soledad yendo a visitar a Rolando.

A la hora de almuerzo, comía rápidamente una ensalada o un plato de legumbres. Las ansias hacían que engullera con rapidez la comida. Luego lavaba un único plato y un tenedor usados, y secaba sus manos. Salía a paso veloz y cogía una manzana de uno de los milenarios manzanos que adornaban la puerta de entrada. Juntaba la minúscula cerca que delimitaba el espacio de su hogar, aunque no le incumbía si quedaba bien cerrado. Caminaba y lucía sus tobillos cuando el viento levantaba algo la pesada falda que llevaba puesta. En cada pisada el agua brotaba de la tierra enrojecida. Casi al llegar al hospital, sus piernas se aceleraban y el estómago se apretaba hasta molestarle en la garganta. Subía con fuerza las escaleras y era entonces que una enfermera desaceleraba el paso de la chiquilla al reprenderla.

“¡Margarita, no corras. Estás en un hospital!”

Margarita se detenía avergonzada ante un rostro impaciente y silencioso. Transcurrían unos segundos, dependiendo de quien estuviera de turno. Poco a poco el enojo impreso en la persona que estuviese en la entrada cambiaba hasta mostrar rasgos compresivos y amorosos.

“Entra con cuidado y no te metas en lugares donde no debes”

Margarita, aun avergonzada, caminaba con lentitud.

“Perdón. Sólo quiero ver a Rolando”.

Las enfermeras no sabían si era la lozanía que irradiaba la chica o si el descontrolado amor que la movía, pero era imposible enojarse con ella. A pesar de que las reprimendas eran todos los días, Margarita no aprendía, y las enfermeras tampoco.

Luego de la rutinaria carrera, buscaba a Rolando hasta que lo encontraba. Su corazón amainaba las pulsaciones. Acercaba sus oscuros y largos rizos al rostro recién afeitado de él. Cuando su curvilíneo y rosado pómulo tocaba la mandíbula de Rolando ella decía al oído alguna nimiedad como: “hoy vi un nido en uno de los manzanos”, “el gato pasó de nuevo por el jardín” o “el suelo estás más húmedo hoy”.

Rolando no la entendía. Aun así, rebosaba de felicidad por la visita. La miraba a sus ojos y se sentía sumergido en dicha.

Margarita besaba su mejilla y se alejaba tranquila, enamorada. Después volvía a la casa caminando lentamente, disfrutando la textura de la hierba, removiendo algunas piedras al girar en la punta de los pies.

En la casa arreglaba todo para la vuelta de Rolando.

## Capítulo 3

Lucho había cumplido tres días desde su vuelta en el centro de salud y no mostraba mejora alguna.

Las enfermeras habían tratado de dar alimentos al pueril, pero había sido en vano. No lloraba, no se quejaba, sólo aguantaba como queriendo terminar de una vez con la agonía viciosa en que se encontraba.

Ese día la gigantesca habitación de Lucho se había convertido en un témpano y la mañana había sido una tortura para todo el poblado.

Una delgada capa de hielo cubría la vegetación del lugar y la fría humedad crispaba los cuerpos de cualquier ser vivo.

Enormes abrigos disfrazaban a los médicos, auxiliares y enfermeras que llegaban al hospital. En el subterráneo del edificio, dos magnánimas calderas emanaban calor en todas direcciones.

Aun así, el último piso era puro hielo. Lucho permanecía casi inmóvil, semidesnudo, diminuto dentro de la diminuta cuna. Sólo su respiración y su tono de bebé demostraban que el niño sufría frío.

Desafortunadamente era un caso olvidado.

## Capítulo 4

No habían dado ni las once de la mañana cuando Margarita ya caminaba desesperada al hospital. Apretaba fuertemente la falda que llevaba puesta y ni siquiera había recordado tomar su abrigo, a pesar del intenso frío.

Velozmente pasó por los pasillos y nadie notó su presencia. Fue directamente a la pieza donde Rolando tenía su escritorio. Al llegar se encontró con el espacio vacío.

La joven se paralizó por un segundo, pero luego volvió igualmente nerviosa hasta la entrada del hospital.

En el camino una enfermera la vio.

“Niña. ¿Tan temprano por acá?”

Margarita sonrió inquieta, pero luego volvió su mirada avergonzada al suelo.

“Lo siento, pero Rolando está en medio de una operación. Un niño del jardín se cayó de uno de los juegos y se fracturó fuertemente una de sus piernas.”

Cunado Margarita escucho el corto relato, sintió compasión por el rapaz y, en una fracción, su actitud cambió. Se relajó y miró directamente a la enfermera.

“No importa. Yo lo espero.”

La enfermera le sonrió y ella contestó de la misma manera.

“Puedes esperar por acá, pero no te vayas muy lejos”.

Margarita asintió.

Se volteó mirando por primera vez en su vida los detalles del hospital. Detrás de ella la mujer vestida de blanco se alejaba con un paso pesado, debido a las gordas piernas que lucían unas rojas estrías.

La joven caminaba muy lento y miraba cada uno de los recovecos de techo de la edificación. Nunca había notado la enorme gama de colores, ni tampoco había imaginado la infinita cantidad de historias que ahí se albergaban.

Sin notarlo fue caminando hacia la escalera. Su inconciente seguía el blanco predominante de ciertos lugares. Estaba hipnotizada por los

espacios y el blanco tranquilizador que le llenaba los ojos. Aun no lo notaba, pero seguía subiendo y había olvidado por completo la orden de la enfermera.

Ya habían sido dos pisos por los que había pasado y llegaba al tercero. Era un agrado para los ojos el lugar. A veces el hedor a medicamentos era un poco molesto, pero también se podía obviar.

Ya en el tercer piso se detuvo por un instante.

Frente a ella el largo pasillo le daba una extraña sensación de vacío. A diferencia de los otros pisos, sentía que ahí faltaba gente.

Inspiró para tratar de sentir el olor del lugar. Sus pulmones se hincharon sin poder obtener una esencia clara.

De pronto escuchó unas voces que provenían de los pisos de abajo y miró de golpe. Notó que el sonido estaba distante y volvió su cabeza hacia delante al mismo tiempo que comenzaba a caminar.

A medida que avanzaba, las habitaciones se dejaban ver. Muchas de ellas estaban vacías. Un par tenían un bulto sobre una solitaria camilla. Podrían haber sido enfermos terminales o cadáveres simplemente.

Siguió caminando y se encontró con una puerta apartada del resto. La blancura de esa habitación le llamó mucho la atención. Cambió su dirección y entró.

Al llegar adentro no demoró en ver la pequeña cuna, arrinconada, frágil. Dentro de ella el pequeño cuerpo daba la espalda.

Margarita no pudo creer lo que veía. Simplemente sintió que se quedaba sin aire al ver el cuerpecito que casi no respiraba.

Su rostro se desfiguró haciendo evidente la enorme pena que sentía. Se aproximó al lado del niño.

Extendió su mano y lo tocó con el afán de cobijarlo con el calor de su mano. El bebé reaccionó con una sacudida al sentir el agradable calor que llenaba su cuerpo. Quiso respirar, pero sus órganos no se lo permitían del todo.

A cada segundo el amor por el pequeño crecía dentro de Margarita. Igualmente la pena lo hacía y las lágrimas brotaban de sus ojos.

“Pobrecito”. La voz de la enfermera apareció detrás de la joven. Ella miró

de reojo, pero no se volteó.

“Su mamá es deficiente mental. Cuando la violaron, no se dio cuenta de lo que le hacían. Su abuela lo usa para obtener dinero y así comprar más trago. Ya nadie quiere cuidarlo porque, al final es peor. Uno se encariña, lo ve recuperarse y luego lo traen maltratado y desnutrido.”

Margarita agachó la cabeza hasta llegar a la mejilla del bebé. Era la única parte de su cuerpo que aun mantenía un color casi vivo. Lo besó con mucho cuidado. Sólo posó los labios en su rostro y sintió como el pequeño se estremecía por la impresión.

Se vino a su mente la viva imagen de una anciana desgarrada y terrorífica. Su boca estaba abierta hasta el extremo de casi poder ver sus entrañas. Sus dientes fósiles adornaban aún más la oscura caverna. Su piel parecía caerse a pedazos y los ojos penetraban hiriendo la carne.

Margarita imaginó un agudo alarido acompañado de una pesadez maloliente que se quedaba en el cuerpo.

La joven no aguantó más y se levantó de golpe. El llanto estaba latente.

“Yo lo voy a cuidar”.

La enfermera se extrañó de escuchar su voz. Luego se sorprendió más aun por lo que había escuchado.

“Lo siento mi niña, pero esta guagüita no tiene remedio. No hay nada que hacer. Además no te recomiendo encariñarte con alguien que sabes que perderás”.

Margarita se volteó por fin.

“Me lo voy a llevar. Vivo al lado y tengo mucho tiempo libre. Prefiero estar ocupándome de él que gastando el tiempo en nada.”

“No mijita” fue la respuesta de la voluptuosa mujer.

Margarita se puso firme y respondió con determinación: “Si me voy a mi casa, voy a estar constantemente pensando en este niño. Me voy a querer morir de pena. Ya lo vi y lo quiero cuidar. Por favor déjeme.”

La enfermera suspiró.

“¿Y que va a decir tu marido?”

## Capítulo 5

Esa noche no había rastro de la luna. Ni la más diminuta estela azulina. Las luciérnagas habían desaparecido y todo el pueblo se había acostado temprano.

Era una diminuta lámpara lo que iluminaba toda la habitación. El resto de la casa estaba invadida por un negro azabache. A un lado de la luz estaba la pequeña cuna de Lucho. Al otro lado, Margarita miraba hacia todos lados, preocupada porque Rolando aún no llegaba.

No se escuchaba ni el más diminuto ruido. Lo peor era que Margarita no se sentía sola. Cada vez que dejaba de mirar por mucho rato a algún lugar de la habitación, sentía la presencia espectral de la abuela de Lucho. Se repetía todo. Volvía a ver el desgranado rostro queriendo llevarse al niño.

De pronto las ramas del patio comenzaron a moverse. Sintió como la minúscula puerta que daba a la calle casi se rompía de un golpe.

Margarita quiso desaparecer con el bebé. Quiso tomarlo y transportarse a otro lugar. Su corazón casi se podía escuchar rebotando en su pecho.

Se abrió fuertemente la puerta de la casa y, tras una fuerte entrada, Rolando se mostró con la luz que le reflejaba.

Margarita lo vio y sintió que la sangre volvía a pasar fuertemente por sus extremidades dándole calor. Se levanto con una hermosa mirada de paz y abrazó a Rolando por el cuello. Lo miró directamente a sus ojos y los besó largamente.

Sus labios se despegaron y Rolando aún estaba agitado por algo.

“¿Por qué no me fuiste a ver hoy?, ¿Pasó algo malo?”

“No, pasó algo bueno.”

Rolando, todavía con los brazos de Margarita alrededor de su cuello, miró detrás de ella. Vio la cunita y se acercó mientras se zafaba de las manos de su mujer. Divisó al pequeño y no comprendió. Miró a Margarita.

“Se llama Luchito. Estaba en el hospital y lo voy a cuidar.” Margarita hablaba con una feliz mueca que buscaba aprobación.

Rolando no respondió. Sólo se volteó y sus celos lo llevaron a acostar sin comer.

Margarita quedó sola, sin entender y profundamente desolada.

## Capítulo 6

Pasó el tiempo y Luchito volvió a recuperar el aliento. Sus mejillas retomaron el rubor característico de un lactante y su olor era un perfume suave, delicado, fino como el polvo de las rosas.

Margarita estaba dichosa. Veía como el niño comenzaba a reconocerla y a tomarle cariño. Sentía las primeras caricias con sus pequeñas maños y su mirada expresaba felicidad de niño.

La joven rebosaba de felicidad, a pesar de no haber hablado con Rolando en varias semanas. De vez en cuando Margarita iba al hospital y le mostraba a las enfermeras el avance con el pequeño. Luego de eso volvía a su casa sin siquiera percatarse de que ya no visitaba a Rolando.

El joven se sentía solo y perdía peso con rapidez. Hablaba poco con la gente del hospital y llegaba tarde a su hogar. Sabía que Margarita era feliz con el niño y presentía que había dejado de ser vital en la vida de su mujer.

En el hospital le comentaban de la felicidad que la chiquilla mostraba al estar con el bebé. Le hablaban del amor recíproco que se estaba creando entre ambos y eso deprimía más a Rolando. Aún así, no podía culpar a nadie.

## Capítulo 7

Una mañana, no habían dado las 6 AM y Margarita seguía soñando. Ella siempre dormía con la cuna de Lucho por su lado, al alcance de su mano por si cualquier eventualidad sucedía.

Estaba sumida en un profundo y negruzco sueño. La nada misma. Poco a poco una blanca silueta comenzó a aparecer en un extremo de las tinieblas. Se vio una forma viviente, un ser humano parado a un lado. De a poco la silueta se comenzó a aproximar hacia donde supuestamente se encontraba Margarita. De pronto se vieron las horrendas facciones del vetusto ser. Un agudo alarido y la piel escamada soltaba sus pedazos y llenaba el lugar de polvo.

Margarita despertó de súbito y, como un rayo, movió su mano hasta la pequeña cuna al lado de ella. La cuna estaba en su lugar. Dentro había un pequeño bulto pulposo, flácido y áspero. Lucho no estaba.

Inmediatamente Margarita saltó de la cama y marchó corriendo por la puerta. Antes de salir miró hacia atrás y notó que, al parecer, Rolando no se había despertado con el alboroto. Permanecía debajo de las sábanas.

Margarita se volvió hacia delante y se encontró con el largo pasillo del segundo piso. Corría y miraba rápidamente en cada una de las piezas. No iba ni en la tercera habitación cuando notó una luz al fondo del pasillo. La luz del baño esta encendida.

Aceleró el paso en esa dirección. El corazón le latía de tal manera que le dolían las sienes. Llegó hasta la puerta entreabierta y la abrió con fuerza.

Antes que todo vio el reflejo de la pequeña cabeza y el pelo aplastado debido al agua. Luego miró a Rolando que estaba al lado y la miraba sin comprender.

“¿Qué haces?” dijo ella.

“Lo peino”.

El pequeño estaba sentado sobre el antiguo mueble de baño al lado del lavamanos. Su carita tenía impresa una enorme sonrisa. Como nunca antes Margarita le había visto una. Estaba entusiasmado y cada vez que Rolando pasaba la peineta con agua por su cabeza, disfrutaba las diminutas gotas que caían por sus párpados y llegaban hasta sus manos intranquilas.

Margarita estaba aturdida. No comprendía. Se comenzó a acercar dando pequeños pasos. Miraba a Rolando, pero éste no respondía. Sólo miraba al

pequeño y de vez en cuando al suelo demostrando su vergüenza.

Margarita siguió acercándose a él. Lo tomó del brazo que sujetaba la peineta. Se aproximó a su oído. "Le gustaste..." dijo con una voz que casi no se escuchó. Luego tragó saliva y sus ojos se humedecieron. Besó a Rolando en la mejilla.

Habían pasado varios meses desde que Margarita y Lucho se habían conocido. Margarita sólo quería quedarse con él.

Compartía sus pensamientos con Rolando, pero él casi nunca decía algo referente al tema. Sólo sabía que amaba al niño infinitamente, pero también era consiente de la realidad. El niño no les pertenecía.

Era común que Margarita visitara el hospital con el niño. Cada vez que lo hacía, se generaba una fiesta entre las enfermeras. Todas saludaban al pequeño y se emocionaban de verlo tan bien. Estaban orgullosas de la joven. Se había convertido en una madre ejemplar y se veía más bella y radiante de lo que la habían conocido cuando recién habían arribado al pueblo.

Una mañana Margarita había llegado corriendo al hospital. El pequeño en sus brazos hacía sonar su voz con cada uno de los rebotes del trote de la joven. Entró haciendo tronar una de las puertas de entrada.

Inmediatamente una enfermera la miró con una mirada reprochadora.

"¡Niña!"

Inmediatamente Margarita se calló. Igualmente no podía contener la emoción. Comenzó a caminar con rapidez y cuando pasó al lado de la enfermera susurró con fuerza: "Me dijo mamá".

Siguió moviendo los pies aceleradamente y detrás de ella la enfermera se sintió abuela.

Margarita fue hasta la oficina de Rolando. Entró contando la noticia, pero no encontró a ninguna persona ahí. Se extrañó y comenzó a volver a la recepción para preguntar.

Doblaba la última esquina antes de llegar al pasillo principal cuando escuchó un grito raposo como la gravilla y de una fuerza poco soportable para los oídos.

Paró en seco y se encontró con una escena que la paralizó. Al final del pasillo una doblada y raquílica forma, cubierta de harapos alzaba los brazos y escupía garabatos en contra de varias enfermeras que la trataban de calmar. A lo lejos se podía sentir el ácido aroma a alcohol que

la vieja expelía de sus encías grisáceas.

Margarita apretó al niño con fuerza y éste soltó un leve quejido.

La vieja, que seguía gritando, se detuvo en seco y se volteó. Observó con los ojos inyectados en púrpura, clavándolos hasta el corazón de la joven.

“¡Dame a mi nieto!”

Las piernas de Margarita estaban clavadas al piso. Escuchaba la respiración del niño en su oreja. Cada inspiración flagelaba la carne y le cortaba las venas por dentro. Cada exhalación le anudaba más la garganta, el estómago y le exprimía las palmas de las manos.

La anciana comenzó a mover los pies con brusquedad hacia donde estaba la pareja. “Te voy a matar, ladrona”.

Una enfermera la alcanzó a tomar de un brazo. La vieja respondió aleteando con descontrol y gritando más aun.

En ese instante, Margarita volvió a escuchar un susurro en su oído: “Mamá”. Por fin sus piernas comenzaron a moverse hacia atrás. Giró y comenzó a correr mientras la vieja aún peleaba con la enfermera.

Margarita hacía lo posible por que sus piernas aguantaran la tensión y respondieran con la mayor velocidad posible. Se dirigió hacia una pequeña escalera de servicio y bajó a la única habitación del lugar que estaba bajo tierra.

Mientras la vieja se había dado cuenta que su enemiga había desaparecido. “Maldita, la voy a encontrar”. Las enfermeras comenzaron a moverse para llevar a alguien que pudiese contener a la fiera.

Margarita bajó, entró en la pequeña pieza y se sentó con Lucho al lado de unas escobas maltraídas. Ahí, sobre su rostro y toda la pared, una incandescente luz rebotaba desde el pasillo por donde había llegado.

Ella respiraba agitada y trataba de tranquilizar al pequeño para que no hiciera ruido alguno.

Se escuchaba el eco de la vieja que se aproximaba al lugar. “¡Dónde está! ¡Esa maldita! ¡Me roba a mi nieto!”

Margarita miraba a los ojos a Lucho y le ponía con cuidado en dedo en su diminuta boca. Sus lágrimas caían silenciosas y se movían con lentitud por sus delicadas facciones.

El pequeño la miraba a los ojos. Levantaba sus palmas y las pasaba con suavidad por las mejillas arreboladas de Margarita.

“¡Te voy a matar!”

Los gritos estaban a pocos metros. Margarita tiritaba sin control. De pronto, una deforme sombra pasó por delante de los dos que se quedaron sin aliento. Se podía notar la quijada saliente y la saliva que salpicaba en todas direcciones. La vieja estaba justo sobre ellos.

“Señora”. Otra voz se escuchó. El sonido fue salvador, esperanzador, hermoso.

“Señora, venga por acá. Estoy seguro que yo le puedo ayudar”.

Rolando los había salvado.

Sentada frente al antiguo escritorio la vieja esperaba de mala gana. Rolando apareció e inmediatamente se hicieron presente las quejas. “¡Quiero a mi nieto!”.

Rolando la miro y no respondió. Tomó la manilla de la puerta y la cerró. Se movió hasta su silla y la anciana lo seguía con la mirada. Rolando se quedó parado. No la miraba. Abrió un cajón.

“Véndame al Luchito”.

La vieja comenzó a abrir los ojos para vomitar su rabia. No alcanzó a decir una palabra cuando Rolando había sacado del cajón un fajo de billetes bien doblados. Casi todo el sueldo.

“Usted sabe cuanto puede tomar con esto”.

Rolando no la miraba, sólo revisaba el fajo.

La vieja estaba hipnotizada por el grupo de billetes que veía. Se imaginaba las garrafas de vino sobre su mesa. Vino avinagrado, pero en gran cantidad. Un contenedor al lado del otro. Parecía que se podía vivir por siempre con esa cantidad.

“Esta bien”.

Rolando sacó un papel de dentro de su delantal.

“Firme esto”.

## Capítulo 8

Esa tarde Rolando llegó a su casa casi sin hacer ruido. Cerró la puerta principal y comenzó a avanzar. Se encontró con Margarita sentada al lado de la mesa junto a la pequeña cuna de Lucho. El niño dormía.

Margarita había notado que Rolando había llegado, pero no dejaba de ver al pequeño.

“Siento que me han pegado, que me ha arrollado un auto. Me duele hasta la última fibra de mi cuerpo.”

La joven se levantó y se movió con gracia hasta Rolando. Levantó el mentón y sus ojos se amarraron. No dejaban de mirarse.

“No me importa, porque te veo y me siento exhausta de lo bello que puedes llegar a ser. Te quiero amar como no lo he hecho nunca.”

Se besaron largamente.

Hicieron el amor y nunca dejaron de mirarse excepto cuando sus ojos se cerraron de placer.

Habían pasado dos días desde el incidente en el hospital. Aún se sentía el desagradable olor a alcohol en el aire y el eco de los gritos permanecía todavía bailando por algunos recovecos del lugar.

Era bastante temprano aún. Una de las enfermeras salió de la oficina de Rolando con un rostro bañado en muerte. Parecía que el color se había esfumado de sus labios.

Fue hasta la recepción donde tomó su abrigo. Se lo puso sin decir palabras y se dirigió a la puerta. Salió al exterior donde el frío calaba los huesos. Tampoco se mostró entumida.

Comenzó a caminar con la mirada perdida en el infinito y en su cabeza resonaba las lastimeras palabras “yo no le puedo decir, yo no le puedo decir”.

Llegó hasta la casa de Margarita. Tocó la puerta. No tuvo que esperar mucho.

Apareció la imagen de Margarita. Detrás estaba Lucho con la boca sucia y jugando con un resto de pan que tenía en sus manos.

Margarita saludó con una sonrisa. “Que sorpresa. Justo le estoy dando

desayuno al Luchito. Pasa"

La enfermera demoró en hablar. "No, prefiero hablarte ahora"

Margarita se dio cuenta de su aspecto y se asustó. "Algo le pasó a Rolando" pensó. "Qué le pasó a Rolando" dijo con rapidez.

"A él nada. Margarita... Encontraron una familia para el Luchito. Se lo van a llevar".

Margarita sintió que le cercenaban las piernas. Apretó las manos para mantenerse en pie.

"Es una familia que no puede tener hijos y están hace mucho tiempo esperando por un hijo. En el hospital decidieron dárselos".

Margarita sólo miraba. No respondía y el rostro se le iba quebrando poco a poco. La enfermera no aguantó y escapó del sufrimiento que veía.

La joven cerró la puerta y cayó al suelo. Miró a Lucho y rompió en llanto.

Esa tarde, cuando llegó Rolando, la vio en la mesa, al lado de Lucho. Margarita tenía los ojos hinchados por la pena.

Sólo pudo acercarse a ella y tomarle una mano. Rolando se mordió la lengua y tragó tanta saliva como pudo para opacar el dolor que le guillotínaba el cuello.

Ninguno de los dos habló.

## Capítulo 9

Una semana después, Margarita estaba afuera del hospital frente a una pareja excitada por el momento que se estaba produciendo. Cada uno debe haber tenido unos treinta años y, nunca habían podido tener los niños que habían querido.

Margarita aún tenía los ojos hinchados, pero, a pesar de todo, estaba ahí, sola, sumida en la profunda pena. Rolando se había rehusado a estar presente cuando tuvieran que entregar al niño.

A pesar de todo, Margarita miraba a la mujer que tenía en frente y podía leer el amor que había estado guardado hasta esa fecha.

Una enfermera se acercó por detrás y suavemente le tocó la espalda a la joven. Margarita reaccionó y comenzó a tomar a Lucho por última vez.

Lo puso mirando hacia ella. Lo observó mucho, cada uno de los detalles, cada pequeña facción, pasando por las orejas, los ojos, el pelo, su cuello, etc. Puso el cuerpito junto a su nariz y ella inspiró con fuerza. Disfrutó el olor a lactante que entraba por sus fosas nasales y le calentaba el cuerpo. Lo abrazó con fuerza, como lo había hecho en los peores momentos. Observó cada una de las prendas. Casi todas habían sido tejidas por ella. Eran las únicas que Lucho se iba a llevar con él ya que su nuevos padres habían rechazado recibir la ropa del pequeño. Quería todo nuevo, todo de cero.

Margarita estiró los brazos y entregaba su alma.

## Capítulo 10

Rolando había llegado hasta su oficina, compuesto como siempre, ordenado como tenía que ser. Entró y cerró con llave. Se sentó en su silla y esperó pacientemente. Tomó su largo y pesado abrigo, lo puso sobre su escritorio y hundió su cara en él. No alcanzó a poner las manos a los lados cuando un lastimero y silencioso llanto explotó desde su interior. Lloró como un chiquillo, solo.

## Capítulo 11

Afuera Margarita observaba como Lucho se iba, sin posibilidad de volver. Lloraba y lo seguía con la mirada mientras, el auto en el que estaba embarcado, avanzaba hacia otro mundo.

Las piernas se movían para tratar de tenerlo más tiempo en la retina.

De pronto no se vio mas que el verde de los arbustos que se interpusieron entre ellos.

Margarita cayó al suelo llorando sin consuelo. Un par de enfermeras la observaban sin ayudar. Sabían que no podían hacer algo por la joven.

Margarita derramaba los lamentos por todo su cuerpo y tomaba su estómago tratando de saciar el dolor que sentía y le rasgaba.

Sin saberlo daba las primeras caricias al primero de sus hijos que, luego de casi nueve meses, iba a nacer en ese mismo hospital.